



Revista de Estudios Sociales | Facultad de Ciencias Sociales | Fundación Social

Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Peña Frade, Nayibe

La ciudad en la ciencia ficción (la literatura como ilustración y contraste de la teoría]

Revista de Estudios Sociales, núm. 11, febrero, 2002

Universidad de Los Andes

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81501111>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA CIUDAD EN LA CIENCIA FICCIÓN

(La literatura como ilustración y contraste de la teoría)

Nayibe Peña Frade*

Resumen

Las utopías son textos instauradores de la teoría urbanística porque rompen con la religión y lo sagrado como únicos y grandes ordenadores del espacio humano. Sus autores creen que la estructura de una ciudad puede depender de consideraciones racionales con lógica propia. La utopía es un modelo espacial y social que pretende lograr la sociedad perfecta, por lo tanto es una imagen especular de la realidad: para cada falla o defecto propone una corrección.

Este artículo pretende mostrar las similitudes entre la Ciudad que han creado algunas utopías negativas y aquella que cierta lectura del urbanismo moderno pretendió construir; busca ilustrar y contrastar la teoría urbanística con la ciencia ficción a través de una prolífica entrevista a seis novelas acerca de su morfología y modo de vida urbano.

Las ciudades ideales son formas de utopía no narradas sino representadas que han cambiado en el tiempo, tienen modelo espacial pero no social. Las primeras representaciones datan de la Edad Media y sus objetivos principales eran la defensa tanto del territorio como de la cultura y la consolidación de un modo de vida orientado a lo ultramundano. Las propuestas de los reformadores sociales contemporáneos o inmediatamente posteriores a la revolución industrial buscaban equilibrar lo social y lo cultural con las nuevas condiciones tecnológicas; introducir en la vida cotidiana y la organización social la acelerada secularización que generaron la industrialización y la urbanización. Hoy son fantasías individuales abstraídas de condiciones o ideas sociales, son fines absolutos y no medios para modificar la realidad. Aunque tienen un esquema muy claro, las utopías han sido transformadas por fuerzas históricas: la conciencia individualista e histórica, la idea de libertad individual y el racionalismo del Renacimiento rompen con la utopía sagrada y milenarista; la idolatría por el conocimiento, la razón, la ciencia, el análisis crítico y la búsqueda del bienestar; la aparición y expansión de las ciencias sociales; el progreso y aplicación de la técnica que condujeron al maquismo; el escepticismo generado por guerras y totalitarismos,

revoluciones y conflictos sociales; la pérdida de la fe en el poder organizador del Estado y en el progreso inducido por la industrialización; la aparición del psicoanálisis y el materialismo histórico, entre las más importantes. Por la interacción de estos procesos en el desarrollo y consolidación de la ciudad moderna, la Utopía derivó en las utopías negativas; esa es su forma contemporánea: ya no son "el lugar que no existe" sino uno de los posibles desarrollos del devenir actual; la utopía negativa es la puesta en escena literal y sarcástica de las utopías clásicas. Ahora bien, según su acercamiento a la realidad, pueden existir dos tipos de literatura: la naturalista y la de extrañamiento. La primera genera en el lector conmociones de índole existencial y estética; le transmite en cuanto ser sensible, individuo universal que trasciende la cultura y la biografía personal. Su mensaje está relacionado con la emoción. La literatura de extrañamiento, al contrario, crea un marco de referencia formal radical o significativamente distinto para mostrar las relaciones que establece la sociedad entre sí, y con el medio que la circunda; es una literatura que no se verifica mediante el sentido común y que se dirige más al intelecto, al individuo como ser capaz de procesos racionales. Uno de los subgéneros de la literatura de extrañamiento es el utópico y dentro de él están la ciencia ficción y las utopías negativas o distopías.

Las utopías son textos instauradores de la teoría urbanística porque rompen con la religión y lo sagrado como únicos y grandes ordenadores del espacio humano. Sus autores creen que la estructura de una ciudad puede depender de consideraciones racionales con lógica propia. La utopía es un modelo espacial y social que pretende lograr la sociedad perfecta¹. El procedimiento utópico está en el orden de la teoría y la especulación intelectualizada más que en el de la creación artística. Emplea los mismos procesos que la investigación científica; es un ejercicio mental sobre las posibilidades laterales. Las utopías son imágenes especulares de la realidad: para cada falla o defecto hay una corrección. Las utopías seculares empezaron en 1516 con Tomás Moro y en el transcurso de los siglos han conservado elementos comunes que las definen: su medio natural es la ciudad, consiguen una fuerte cohesión social a través de la identidad entre individuo y sociedad, excluyen toda manifestación de

*Socióloga y Magíster en Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

¹ Francoise Choay, *La réglé et le modélisé. Sur la théorie de l'architecture et de l'urbanisme*, París, Editions du Seuil, 1996. Choay es la espina dorsal de este trabajo porque permite ligar teoría urbanística, utopía y modelo espacial.

individualidad, uniforman los modos de vida, observan una estricta simetría y regularidad en los espacios urbanos, reglamentan y distribuyen en el espacio a todas las actividades humanas, recrean mundos aislados que no admiten comparaciones con otros. Los utopistas creen que la sociedad será mejor entre menos se diferencien los individuos y menos importancia tenga lo individual respecto a lo colectivo. Esa concepción toma forma en espacios urbanos hechos de casas idénticas (con una misma dotación y amoblamiento) que ocupan un lugar específico de la ciudad definido jerárquicamente con respecto a otros. Imaginan ciudades ordenadas a partir de líneas rectas, ángulos y simetrías; hermosas por su estética depurada de detalles que destaca la forma elemental; atravesadas por enormes espacios destinados a hacer una vida en común. En esas ciudades los edificios representativos son los del gobierno y el orden; los que simbolizaban el progreso, la ciencia, la técnica y la razón. En este artículo se pretende mostrar un marco de similitudes entre la Ciudad que alguna literatura de ciencia ficción ha creado y aquella que cierta lectura del urbanismo moderno pretendió construir. Se basa en la tesis "La ciudad y lo Urbano en la Ciencia Ficción y la Utopía Negativa"², la cual se propuso ilustrar y contrastar la teoría urbanística con la ciencia ficción.

La tesis es una prolífica entrevista a seis utopías negativas acerca de su morfología y modo de vida urbano. Las novelas que el trabajo de grado analiza extensamente son: Amantes, de José Farmer; Cuando el Dormido Despierte, de Herbert George Wells; Nosotros, de Evgenii Zamiatin; Mundo Feliz, de Aldous Huxley; 1984 de George Orwell y Mercaderes del Espacio de Frederik Pohl y C.M. Kornbluth.

La ciudad de la modernidad y su aproximación a la utopía negativa.

Las ciudades utópicas nacen acabadas y definitivas; en ellas el cambio no es necesario, peor aún, es peligroso o inadmisible. Las personas, las actividades y las cosas tienen un lugar inmodificable e inmutable; todo en ellas es predecible en la medida que toda esta reglamentada y fijada en el tiempo. Son ciudades perfectas en su limpieza, orden, iluminación, ventilación, higiene, orientación y ocupación del territorio; su trazado, sus construcciones y forma de vida son sobrios, mesurados, parcios y frugales; en ella habitan hombres y mujeres nuevos, redimidos, regenerados, salvados de los

vicios que producen el individualismo, el deseo de poder y la riqueza. Tal espacio, apoyado por las instituciones adecuadas, debería ser capaz de producir una sociedad sana y un individuo feliz.

Más aún: el espacio controlador es un instrumento indefinidamente reproducible de conversión y de cura, destinado a resolver las contradicciones de sociedades pervertidas y enfermas. Su carácter distintivo es la intercambiabilidad: cualquier individuo puede vivir en cualquier lugar porque todos -personas y espacios- son iguales y porque nadie tiene nada suyo, todo es dado por el gobierno de la ciudad a cambio de que cada quien haga lo que debe hacer, ese es el único esfuerzo que se pide. La ciudad misma es el símbolo del poder y el orden, lo que está por fuera de su perímetro es el caos, el desorden, la barbarie, la amenaza.

Ciudad es civilización y virtud, el reino de lo concretamente humano. Funciona de acuerdo a los principios más racionales, más técnicos y ecuánimes para evitar el conflicto y la desintegración social. En su recinto no tienen cabida las supersticiones, las ambiciones, las ideologías, las guerras, la enfermedad, el hambre o las extravagancias de la individualidad. Sus habitantes son felices porque son virtuosos; la virtud no es trascendente ni ultramundana sino social, se define por la prioridad del interés general sobre el particular, de lo colectivo sobre lo individual. Por su parte la teoría urbanística, las interpretaciones y críticas de la arquitectura y el urbanismo, las ciencias sociales y la literatura, han podido sistematizar algunos modelos de ciudad que ha construido la historia urbana³. Y en relación con lo que describe la literatura de ciencia ficción, uno de esos modelos que más se acerca es el llamado progresista, expresión propia, típica y particular del capitalismo, de la Modernidad, de la tecnología y las comunicaciones masivas. Muchos indicios morfológicos y tipológicos inscriben a las ciudades narradas en las utopías negativas dentro de este modelo. El paisaje urbano progresista es el resultado directo de unas condiciones técnicas y de coordenadas ideológicas específicas. Entre las primeras están los nuevos materiales y organización del trabajo que trajo consigo la revolución industrial (hierro, vidrio, hormigón, acero, cadena de montaje, división del diseño y la ejecución). Entre las

2 Presentada por la autora para optar al título de Magíster en Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, en abril de 2000.

3 Estas ideas se basan en la interpretación de Choay sobre las ideas que proporcionan su base al urbanismo moderno. Franoise Choay, **Urbanismo: Utopías y realidades**, Barcelona, Editorial Lumen, 1970, págs. 20ss.

segundas es fundamental la concepción del hombre tipo y, en consecuencia, de la vivienda tipo, la importancia que para la arquitectura adquirieron la objetividad y la universalidad, el sueño de crear un nuevo orden espacial, estético y cultural que se sirviera del capitalismo y la tecnología como medios y la obsesión por la planificación. Sin embargo, apenas se obtuvieron ciudades实质icamente iguales, organizadas según una misma lógica y pobladas por idénticas tipologías. En estas ciudades se expresan varios supuestos fundamentales y racionales: primero, se puede identificar (e incluso inducir) aquello que hace iguales a todos los seres humanos independientemente de su medio geográfico y de su cultura. Segundo, todo puede ser estandarizado y producido en serie lo cual significa mayor eficiencia, funcionalidad, orden y racionalidad económica; las singularidades (sean individuos, construcciones, objetos o concepciones) no tienen lugar o deben ser privilegios de altísimo costo. Tercero, la planificación, realizada por expertos, con objetivos específicos definidos por ellos, hace a las ciudades eficientes para la satisfacción de las cuatro necesidades-tipo humanas: habitar, trabajar, recrearse (o recuperarse) y circular. La ciudad progresista es la realización de un sueño que empezó a soñarse incansablemente desde el Renacimiento, el de la sociedad perfecta habitando el espacio perfecto; sueño que se fue confundiendo con la idea de un modelo espacial que puede generar un modelo social. La imbricación de lo social y lo espacial llegó a tal punto que se imaginaron ciudades y sociedades construidas como mecanos, por la yuxtaposición de piezas diferentes que terminaban formando un todo con sentido en sí mismo, autofundamentado y aislado, congelado en el tiempo, hecho de una vez por todas y para siempre. La hegemonía del mercado, entre otras fuerzas portentosas, coadyuva a que las ciudades del progresismo tengan una aparente unidad, formen un todo por la homogeneidad de fachadas y la repetición de unas pocas tipologías que se van extendiendo por el territorio - esta es la manera como el capital disminuye el riesgo de la inversión. La uniformidad repetida de los espacios privados y el orden funcional dado a las ciudades van generando un modo de vida cada vez más masivo y estereotipado. La uniformidad ya no actúa sólo en las ciudades, se extiende al mundo entero y convierte a sociedades distintas en un mismo público cautivo. Podría llegar el día en que conocer una ciudad sea conocerla todas porque se construirán desconociendo el contexto, suponiendo que la ciudad existente debe desaparecer porque su orden empieza a ser visto como desorden e imponiendo modelos utópicos y simbólicos con fines literales.

Esta forma de vida no deja espacio ni da un sentido positivo a la individualidad, a la diferencia o la particularidad. El orden social es más estable en la medida que las reacciones de la gente sean más predecibles y, por lo mismo, manipulables. La sociedad tiende a ser transparente no porque se haya llegado a la armonía y fraternidad soñadas sino porque ya no se conciben la peculiaridad, el secreto o la unicidad creativa. La desaparición del sentido de lo individual o, peor aún, su criminalización o patologización, parecerían ser el correlato del progresismo. Una ciudad progresista se adapta naturalmente a una sociedad de masas (o al contrario). Las sociedades modernas pueden ser tiranizadas sin que exista un único e identificable tirano y eso se logra, entre otros medios, a través de una ordenación estricta, tajante e invariable del espacio, las funciones y las actividades urbanas. No se puede vigilar uno por uno los millones de individuos que viven en una ciudad moderna, pero se les puede controlar si el uso de su tiempo es predecible y estandarizado, si la mayor cantidad de sus necesidades se satisface en el mercado y puede cosificarse, si se garantiza que sean el público cautivo de medios que expresan ideologías controladas. De ese totalitarismo ligh se escapan los marginados y excluidos del consumo, pero éstos, rara vez, significan un riesgo al orden establecido.

La ciudad de la utopía negativa o del control por la coacción siquica

La vida urbana que hay en las seis ciudades analizadas en las novelas se acerca, en distintos grados, al arquetipo "progresista". En estas sociedades se aplican formas evidentes o sutiles (pero en todo caso novedosas e interesantes) de control del individuo; formas de organización social homogeneizadas a través de la morfología y la tipología de la ciudad. Estas ciudades narradas son artefactos intencionalmente creados para consolidar y mantener una determinada organización social subordinada a un poder. En este texto, podemos ilustrar lo anterior mirando un poco más de cerca las distintas historias. Las religiones del Estado Único -Nosotros- y del Ingsoc -1984- son profanas porque "se constituyen en torno de una visión del mundo social. Explican el origen de la sociedad y describen minuciosamente las etapas de su devenir hasta un estado perfecto, que se espera sea definitivo"⁴. Cumplen la

4 Serge Moscovici, *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pág. 446.

función de identificar a los individuos con la colectividad. La religión de Los Amantes es sagrada en la medida que exige la renuncia a los instintos y equipara ley con moral. Si bien las seis novelas muestran sociedades de masas, éstas tres son diferentes. En las primeras la masticación está marcada por el consumo, por la división del trabajo y la interdependencia funcional, por las condiciones de reproducción social. Cada londinense y neoyorkino de Cuando el Dormido despierte y de Los Mercaderes del Espacio vive librado de sus propias fuerzas, está vitalmente desarticulado del todo, lo único que comparte con los demás es un modo de vida determinado por las condiciones económicas de todo el sistema. El individuo está sólo en medio de la muchedumbre de los que son en apariencia iguales a él. No hay un sentimiento de comunidad. Aunque los "números", los "sigmenitas" y los "miembros del Partido Único" -de Nosotros, Los Amantes y 1984, respectivamente- también son una enorme multitud de personas formadas iguales entre sí, la diferencia es que los primeros trabajan para sobrevivir y éstos para ser salvos. Los habitantes de estas sociedades comparten un credo, son hijos de un mismo padre y a él obedecen, son parte vital de un orden que les dio la vida. La deidad manifiesta su enorme poder en la colectividad.

En algunos sentidos las novelas de Zamiatin y Orwell no parecen religiones; hacen pensar más en un régimen político fascista muy planificado, evocan más una fábrica que una iglesia. Esa asociación es inducida por la igualdad de sus miembros, por la rígida distribución de tareas y recursos, por la parquedad absoluta en la expresión de sentimientos, por la inexistencia de la privacidad, no sólo en la propiedad sino en el modo de vida, por la carencia de voces divergentes o diversas y por el absoluto colectivismo. Farmer [Los amantes], por el contrario, sí hace sentir al lector que el suyo es un Estado religioso por una razón básica: los conflictos del personaje central giran en torno a sentimientos culposos, a dilemas relacionados con dicotomías morales clásicas: el deber y el placer, la voluntad y la misión, lo bueno y lo malo, la rebelión y el miedo, etc. Para hacerlo más evidente Farmer describe la jerarquía, los textos sagrados, las oraciones y fórmulas y, sobre todo, el proceso que en lo cotidiano convierte el dogma sagrado en pequeñas normas prosaicas y precisas.

La diferencia de Los Amantes con Nosotros y 1984 es que éstas dominaciones no admiten trampas ni hacen concesiones; son rígidas, racionales y frías. ¿Cuál es la diferencia fundamental entre lo que sienten D503, Hal Yarrow y Winston Smith, todos ellos violando normas por ser objeto de una pasión prohibida?

Yarrow (Los Amantes) ha sido desde su infancia un desadaptado, un niño problema que no hacía y decía lo que se esperaba de él, aun sabiéndolo. Los innumerables y diversos castigos que por eso ha merecido le han creado un resentimiento que él reprime cada vez con más precariedad. Cuando se enamora de Jeannette sus lealtades desaparecen y se hace osado y temerario. Además, ha comprendido el pragmatismo de una religión que homologa méritos morales con logros económicos, descubre el placer erótico y las posibilidades afectivas, puede comparar su cultura con la de otras especies y tomar distancia, adquiere conciencia de las jerarquías y arbitrios. En otras palabras el proceso que hace Yal Harrow es de una desacralización vertiginosa a través de la cual recupera su propio ser. Harrow pierde el miedo al castigo. El ingeniero D504 (Nosotros) no era un desadaptado, jamás había dudado ni cuestionado; era un convencido, estaba satisfecho con su vida y su sociedad. El conflicto comienza cuando aparece una mujer, ella sí en contradicción real y absoluta con el sistema. D504 se enamora de ese otro ser específico y empieza a violar normas y cambiar costumbres para encontrarla, para pasar más tiempo con ella, para conocerla, para poseerla. En el trayecto de su pasión se convierte en contraventor. Sin embargo, nunca duda del sistema en sí mismo y siempre está buscando la manera de volver al redil; no quiere dejar de pertenecer al todo pero no puede controlar el sentimiento que se lo impide. Winston Smith (1984) sabe que le mienten, lo manipulan y lo vigilan, no cree en su sociedad; ha tomado distancia y la observa críticamente. Tiene plena conciencia de lo que se espera de él y por ello controla sus actos; es un individuo lúcido y escéptico, se sabe criminal mental y tiene la certeza, de que pronto será arrestado y condenado. Julia, que odia al partido y la vida que le impone, se enamora de él y se lo hace saber; su amor despierta el del hombre y lo hace osado e impulsivo. Ambos buscan una oportunidad de escapar de la rigidez afectiva y emocional, de la estupidez asfixiante de la vida social; quieren vivir su relación mientras puedan, aunque saben que en cualquier momento serán capturados y castigados con la muerte.

Estas anécdotas muestran la diferencia entre los tres sistemas. Los Amantes es un régimen que combina el premio y el castigo, el miedo y la amenaza, la arbitrariedad y la fuerza, la jerarquía y el privilegio. Los otros funcionan por la identidad absoluta entre el individuo y la colectividad. El Estado Único no deja intersticios para la duda o el descontento; actúa como una máquina, no hace excepciones ni se contradice; es una dominación regular y permanente, completamente

interiorizada por los números. Es coherente, generalizada y continua en todas las instancias de la vida y la cotidianidad. Los jerarcas del Partido Único de 1984 saben que hay heterodoxos, individuos no convencidos ni asimilados que siempre están buscando la forma de infringir la norma sin demasiado riesgo, que actúan según los comportamientos prescritos, que aparentan sumisión, que obedecen lo elemental para desviar las sospechas y poder transgredir lo fundamental. Por eso estrechan y tecnifican la vigilancia, hacen cada vez más sofisticado el control hasta llegar al punto de incitar a delinquir como un método de purga. Las masas que forman estas sociedades son de una naturaleza diferente a la masa de consumidores o de oprimidos porque existen en función de un líder, jefe, caudillo, portador de carisma o como se le quiera llamar. "Masa y líder se miran como en un espejo en el que cada uno de ellos ve siempre la imagen del otro"⁵. Esto significa que a pesar de su absoluto poder sobre el pensamiento, las acciones y la vida de sus dominados, estos regímenes son precarios. Han modelado a la sociedad pero para que su dominación se mantenga deben saber siempre qué quiere.

El líder no interroga a una sociedad madura y civilista que se expresa en consultas, votaciones o partidos, sino a una sociedad atomizada, emotiva e irracional. Los líderes deben ser capaces de "movilizar los corazones, tensar las energías y calmar las inquietudes que acosan al individuo"⁶, se justifican y mantienen afirmando:

(...) sin cesar la pureza de la cual nació (la sociedad), recordando el gran ritual purificadorio que le ha permitido romper con los extravíos del pasado y exorcizar así los temores y las angustias de los hombres.⁷ Estos individuos-masa están articulados a una dominación que los impregnó a través de su psíquis, que los domina por un estado que combina el terror, el odio y el éxtasis, la des-individualización, la primacía de lo inconsciente, que es colectivo y legado, sobre lo consciente, que es personal y construido. La dominación de "el Protector", "el Gran Hermano" y de "Sigmen" funciona porque propicia las condiciones para que los individuos-masa acentúen lo común, que es lo que los acerca, por sobre lo personal, que los opone. Es efectiva porque no apela a leyes y razones sino a la memoria y la sugestión. Son líderes que no discuten sino

que imponen; demuestran más carácter-que para las masas es fuerza- que inteligencia, a la que consideran signo de debilidad; utilizan enunciados concisos y categóricos porque ante las masas "el poder de un hombre o una idea que se discute pierde toda credibilidad"⁸. El líder reemplaza al padre y se convierte en el super-yo del dominado. Persuade a los individuos con que pertenecen a un grupo humano particular y diferenciado y que cada subdito sólo puede desarrollarse en el seno del grupo, así el hombre sólo existe si posee esos rasgos y si comparte los valores y fines del grupo.

El espacio o del control colectivo.

Las seis ciudades descritas son concentradas y de trama continua pero el contacto personal que inducen no genera cambios sino que consolida la identidad entre individuos y sociedad; al encontrarse las personas se ven iguales, lo que significa que se asumen como indiferenciadas. El espacio urbano es la principal institución controladora porque elimina la diversidad y consolida la homogeneidad. Son ciudades radiantes (altos y populoso edificios en medio de parques), densas y compactas; panópticos donde el individuo siempre está vigilado y ayuda a vigilar a los otros. Más que las actividades en estas ciudades se zonifican los grupos sociales y se les hace independientes unos de otros. Las actividades y funciones urbanas están distribuidas de acuerdo a esta zonificación social; no hay movilidad espacial ni social, la ciudad no es transitada y la biografía personal no es un factor de diferenciación. Las utopías negativas analizadas muestran que una enorme ciudad -por el territorio que ocupa y la población que alberga- puede tener un ethos de aldea; en ellas se pierde la especificidad histórica de la ciudad: no subvierte ni relativiza sino que uniforma y controla; no es calidoscopio que descompone y recompone sino centro de la ortodoxia. En estos espacios urbanos predomina la monumentalidad típica del poder; la morfología y la tipología de la ciudad expresan la dominación y la ceremonia más que la cultura o la vida cotidiana. La ciudad es un artefacto diseñado para controlar, no un organismo que haya crecido a través de múltiples transformaciones. Los espacios representativos son los de la dominación y el ceremonial de masas, no hay equipamientos recreativos, educativos ni culturales. Dominar

5 Serge Moscovia, op.cit, pág. 190.

6 Paul Claval, Espacio y Poder, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pág. 156.

7 Ibíd., op.cit, pág.157.

8 Serge Moscovia, op.cit., pág. 185.

la ciudad es dominar la sociedad, romper la escala urbana es hacer ostentación de poder. La dominación se consolida eliminando la memoria y una forma de hacerlo es uniformando y señalizando el espacio, haciéndolo monótono e invariable, siempre idéntico a sí mismo. La ruptura entre los actores y procesos del diseño y la construcción o entre el diseñador y el usuario es total. Nadie construye ni diseña por sí mismo -o por interpuesta persona- el espacio en el que vive; tampoco puede alterarlo para hacerlo personal y privado. Ni la ciudad ni los espacios expresan una cultura específica; están abstraídos de un contexto geográfico, histórico y cultural. Estas son ciudades agorafóbicas en un doble sentido. Por un lado, están formadas por espacios abarcables sólo en el plano, no por la vista; por otro, tienen fobia al agora como símbolo de comunicación e intercambio. La paradoja es que teniendo espacios y vida pública no tengan ciudadanía; esto comprueba que sólo existe lo público en la medida que lo privado, lo particular y lo individual sean vigorosos, es decir, que la existencia espacial de lo público como función urbana es condición necesaria pero no suficiente, el espacio público sólo existe cuando tiene significación social, legal y cultural. La vivienda, como concepción y realidad, se redujo a la cama y a una habitación por adulto, temas que desarrolló el urbanismo de finales de los años veinte. Esta óptica implica un ser social más que individual, volcado hacia afuera más que ensimismado, disminuido en su autonomía, instrumentalizado. Es una reducción no sólo física sino cultural y existencial de la ciudad. En las utopías negativas la sociedad está en la ciudad, fuera de ella no hay nada significativo, apenas los rezagos del régimen anterior, "al fin superado", y una naturaleza hostil que puede matar a la especie humana con su atmósfera envenenada o su esterilidad. La ciudad es la segunda naturaleza, la propia de la especie humana. El género se liberó de la naturaleza, se hizo autosuficiente. Se redujo el número de roles desempeñados por el individuo, siempre está en un mismo grupo lo cual elimina la dificultad logística de vigilar una gran población habitando un enorme territorio. Parte del control es asegurar que todo individuo esté siempre en compañía de otros y que no haya espacios o actividades individuales. No hay tiempo libre sino un ocio planificado, administrado y consumido en masa. Los comportamientos estereotipados, las actuaciones y el silencio son la precaria posibilidad de sobrevivir que tienen los lúcidos o los desadaptados; son los únicos espacios y momentos para la intimidad y la individualidad.

El control más sutil y constante es el ejercido sobre la pasión erótica, las expresiones de afecto y las relaciones íntimas entre las personas. Las relaciones de pareja han sido despojadas del vínculo amoroso y convertidas en intercambio sexual institucionalizado.

A manera de conclusión: la organización socio-política y la vida urbana.

Las sociedades descritas son todas sociedades de masas. La diferencia entre ellas es el tipo de dominación política a la que están sometidas. Son tres grandes sistemas.

1. Sociedades polares formadas por una élite dueña de los medios de producción y reproducción de la fuerza de trabajo, y una gran masa de desposeídos que sólo tiene su capacidad de trabajo. Estas sociedades y ciudades están definidas en términos exclusivamente económicos de producción y consumo. No hay diferencia entre capitalismo de Estado, sociedades planificadas, capitalismo privado y sociedades de mercado. En la ciudad cada clase tiene su lugar, no hay coincidencia en actividades, espacios o tiempos. Tampoco convergen las actividades individuales y las de la ciudad porque el espacio urbano es un factor más de producción; es el lugar del consumo individual, el gran mercado de bienes. En este tipo de ciudad el espacio urbano es para las muchedumbres, congestionado y saturado; el espacio que se valora y se desea es el interior porque puede controlarse y filtrarse. Obviamente es escaso e inaccesible excepto para una élite minúscula y poderosa.
2. Sociedades religiosas en las que el poder es ejercido por un caudillo carismático que es proveedor y dominador absoluto de la sociedad. La dominación está asegurada por una coacción psíquica que gira en torno a la salvación. El espacio urbano de estas sociedades favorece deliberadamente el efecto de la muchedumbre, se hace funcional a la ceremonia y a los rituales que exaltan la identidad colectiva y eliminan las diferencias individual. Estas sociedades están sometidas a una fuerte y permanente vigilancia mecánica y social, por ello el espacio público es el lugar a donde se huye, donde el individuo se evade actuando los comportamientos indicados; en el espacio público se vigila la conducta muchedumbre, en el privado los pensamientos y los gestos del individuo.

La visibilidad absoluta y la transparencia atenta contra la socialización y lo público porque obligan a resguardar y proteger al individuo, a inventarse formas y espacios opacos en los cuales pueda refugiarse. La vigilancia constante impide la diferenciación entre el adentro y el afuera y, por tanto, entre vida privada y vida pública, entre el rol y la personalidad.

3. Sociedades, aparentemente, dominadas por la ciencia; unas garantizan la estabilidad por el absoluto bienestar, otras por la manipulación psíquica de sus habitantes. Las primeras eliminaron todos los motivos de conflicto, las segundas despojaron al individuo de la memoria destruyendo referentes objetivos que pudieran indicar la existencia de un pasado o una forma de vida diferente a la actual. No hay historia, ni personal ni social. En ambos casos la ciudad está diseñada y organizada para grupos homogéneos pero diferenciados entre sí, que nunca salen del territorio que les corresponde. El espacio urbano ratifica la identidad del grupo y ayuda a refundir y eliminar cualquier contraste, sospecha o deseo que pudieran allegar a la diferenciación. Las utopías negativas comprueban que la desindividualización no es un camino hacia la sociabilidad y que, al contrario, sin un fuerte sentido de la individualidad no existen ciudadanía, ni política, ni cultura. Quizás estas peculiaridades de la ciudad de la utopía negativa están en su origen: fueron creadas y construidas con su forma definitiva; los hombres y mujeres llegaron a una escena fija e inmodificable, tal como les fue impuesto un pacto social en cuya construcción tampoco participaron. Las ciudades que habitan no fueron la

solución a un problema, o el medio para lograr una meta, no tienen, por tanto, un sentido social y cultural, no tienen un significado para sus habitantes. No tienen un valor distinto al de ser contenedores que determinan sin fertilizar o propiciar.

Las ciudades construidas en su totalidad según un modelo estético previo -caso límite- excluyen al individuo y la sociedad en la medida que los convierten en inquilinos que tienen un carácter contingente y temporal.

Bibliografía

Choay, Francoise, *La regle et le modèle. Sur la théorie de l'architecture et le urbanisme*, París, Éditions du Seuil, 1996.

Gaval, Paul, *Espacio y poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Farmer, José, *Los Amantes*, Barcelona, Ediciones Orbis, Biblioteca de Ciencia Ficción, no. 20, 1986.

Huxley, Aldous, *Un mundo feliz*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1997.

Moscovia, Serge, *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de masas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Pohl, Frederik Kombluth, C.M., *Los mercaderes del espacio*, La Habana, Instituto del Libro, Colección El Dragón, 1969.

Rowe, Colín y Koetter, Fred, *Ciudad Collage*, Barcelona, Editorial Gustavo Gilí,

1981 .Wells, Herbert George, *Cuando el dormido despierte*, Barcelona, Toribio Taberner Editor, Colección La Vida literaria, 1905.

Zamiatin, Evguenii, *Nosotros*, Barcelona, Plaza y Janes Editores, 1970.